

defensa suya Cayo Cota, hijo de su hermana, y á lo ménos éste habló como orador, aunque era todavía muy jóven. Quinto Mucio estuvo elegante y culto como solia, pero no tuvo aquella fuerza y abundancia que pedia la naturaleza y el peligro de la causa. Rutilio fué, pues, un orador estoico, Scauto un orador á la antigua. Alabemos á entrambos, que gracias á ellos, ni siquiera de esos dos géneros careció nuestra ciudad. Yo gusto de que en el foro como en la escena aparezcan, no sólo veloces corredores y ágiles atletas, sino los que llaman *starios* (reposados), que muestran la verdad sencilla y desnuda.

»Y ya que hemos hecho mencion de los Estoicos, no omitiré á Quinto Elio Tuberon, hijo de Paulo, que tuvo poco de orador, pero que en lo austero de su vida se ajustó bien con la doctrina que profesaba. Siendo triunviro sentenció, contra el parecer de su tío Escipion el Africano, que los augures no debian tener vacaciones mientras hubiere juicios. Fué, así en la vida como en los discursos, duro, hórrido inculto, y por esto no alcanzó los honores de sus antepasados. Por lo demas, bueno y constante ciudadano. grande adversario de Cayo Graco, como lo da á entender una oracion del mismo Graco contra él. Tambien las hay de Tuberon contra Graco. Fué mediano en el decir, habilísimo en la disputa.»

Entónces dijo Bruto: «¿Cuál será la razon de que lo mismo entre los nuestros que entre los Griegos, casi todos los Estoicos son prudentísimos en sus razonamientos y los hacen con arte, y son casi artífices de palabras, y en llegando á la disputa, resultan pobres é insípidos? Exceptúo solamente á Caton, que es, á la vez, perfectísimo estoico y orador eminente, pero ni en Fannio ni en Rutilio hallo grande elocuencia, y en Tuberon casi ninguna.

—Y no sin causa, Bruto, le respondí, porque consumen todo su estudio en la Dialéctica y no se dedican á este otro modo de decir vago, copioso y múltiple. Tu abuelo tiene,

como sabes, todo lo que de los estoicos puede tomarse, pero aprendió á hablar bien con los maestros de retórica y siguió sus enseñanzas. Y si hubiéramos de atenernos á los preceptos de los filósofos mejor haríamos en seguir á los Peripatéticos. Y por eso aplaudo tu buen juicio en haber seguido la secta de los filósofos de la Academia antigua, que supieron unir la doctrina y los preceptos con la elegancia y copia del lenguaje. Aunque ni el mérito de los Peripatéticos ni el de los Académicos basta por sí para hacer un orador perfecto, ni tampoco lo será ninguno si permanece extraño á esos estudios. Por lo demás, así como el modo de decir de los estoicos es demasiado severo y ceñido para lo que consienten los oídos del pueblo, así el de los otros filósofos es más libre y extenso que lo que permite la costumbre en los juicios y el foro.

»¿Quién más rico de estilo que Platon? Dicen los filósofos que si Júpiter hablara en griego, hablaría como él. ¿Quién tiene más nervio que Aristóteles, quién más dulzura que Teofrasto? Dicen que Demóstenes oyó muy atentamente las lecciones de Platon, y que leía sin cesar sus libros, y bien se conoce en la alteza de sus ideas y palabras. Él mismo lo confiesa en una epístola. Pero el estilo de Demóstenes, aplicado á la filosofía, parecia demasiado contencioso y batallador, y el de ellos, aplicado á las causas judiciales, demasiado tranquilo y calmoso.

»Ahora hemos de recorrer, si os place, el catálogo de los demás oradores segun su edad respectiva.

—Mucho que nos agrada, respondió Ático, y lo digo en mi nombre y en el de Bruto.

—Por el mismo tiempo floreció Curion, orador bastante ilustre, segun podemos conjeturar por los discursos que de él nos restan. El más notable es la defensa de Servio Fulvio en una causa de incesto. En nuestra niñez pasaba esta oracion por admirable: hoy está casi olvidada en medio de tantos volúmenes nuevos.

—Bien sé, dijo Bruto, á quién aludes en eso de los volúmenes

—Y yo también te entiendo, Bruto. Yo sé que he traído algún bien á la juventud introduciendo una manera de hablar más rica y elegante que la que en otros tiempos hubo, pero quizá le he hecho también un daño, porque después de mis discursos han dejado de leer los de los antiguos oradores, con ser superiores á los míos

—Cuéntame á mí, dijo Bruto, entre los que no los leen. Aunque la conversación de hoy ha de ser parte á que yo me dedique á la lectura de muchas cosas que ántes despreciaba

—Esa oración *del incesto*, continué, tan alabada tiene muchas cosas pueriles: lugares comunes muy mal traídos del amor, del tormento, de la fama; pero como todavía no estaban educados los oídos de nuestros ciudadanos, podían ser entonces tolerables. Escribió algunas otras cosas, y pronunció muchas con grande aplauso, y tuvo fama de abogado tanto, que me admiro que habiendo sido hombre de tan larga vida y buena reputación y familia, nunca llegase al consulado

»Pero ahora se nos presenta un varón de peregrino ingenio, de ardiente é infatigable estudio desde su niñez: Cayo Graco. Créeme, Bruto: nunca hubo nadie que tuviera más riqueza y plenitud en el decir

—Así lo creo, respondió Bruto, y es de los antiguos casi el único que leo

—Bien haces en leerle. Pérdida grande fué su temprana muerte para la república romana y para las letras latinas; ¡Ojalá que hubiera antepuesto el amor de la patria al de su hermano! ¡Cuán fácilmente hubiera alcanzado con el ingenio que tenía, la gloria de su padre ó la de su abuelo, si él hubiera vivido más tiempo! No sé si ha tenido igual en la elocuencia. Es grande en las palabras, sabio en las sentencias, noble y majestuoso en todo el discurso. No dió la

última mano á sus obras: dejó muchas cosas bien empezadas; pocas acabadas. Así y todo, es, oh Bruto, el orador que más debe leer la juventud. Puede no sólo aguzar sino alimentar el ingenio.

«A este sucedió Cayo Galba, hijo del elocuentísimo Servio, y yerno del elocuente y jurisperito Publio Craso. Le alababan mucho nuestros mayores; le favorecían por la memoria de su padre; pero cayó rendido ántes del fin de la carrera, cuando, á consecuencia de la rogacion Mamilia, tuvo que defenderse en causa propia acusado de la conjuracion Jugurtina, y fué vencido en el debate. Queda una peroracion ó epílogo suyo tan famoso que, cuando niños, lo aprendíamos todos de memoria. Fué el primero desde la fundacion de Roma que, perteneciendo al colegio sacerdotal, fuese condenado en juicio público.

»Publio Escipion, que murió siendo cónsul, hablaba pocas veces y con brevedad; pero en pureza de lengua latina era igual á los mejores, y vencía á todos en sales y facecias. Su colega Lucio Bestia, varon agudo y no indocto, que entró con buenos auspicios en el tribunado, restituyendo por una ley su dignidad á Publio Popilio, violentamente expulsado por Graco, terminó tristemente su consulado. Porque apoyados en la odiosa ley Mamilia, los jueces adictos á Graco condenaron á los cuatro consulares Lucio Bestia, Cayo Caton, Spurio Albino y al sacerdote Cayo Galba, y al ilustre Lucio Opimio (matador de Graco), que habia sido absuelto por el pueblo, á pesar de haber obrado contra sus intereses.

»No careció de alguna elocuencia Cayo Licinio Nerva, perverso ciudadano, tan desemejante del anterior en su tribunado y en todo el resto de su vida. Cayo Fimbria alcanzó los mismos tiempos, aunque era un poco más anciano que éstos. Fué buen abogado, áspero, maldiciente, férvido y arrebatado en su decir; pero notable por la integridad de su vida y por el acierto de sus pareceres en el

Senado. No ignoraba el derecho civil. Su estilo era fácil, y algo desaliñado como su modo de ser. Cuando niños leíamos mucho sus oraciones, que ahora se han hecho raras, y apenas se encuentran.

»Ingenio y habla elegante tuvo Cayo Sextio Calvino, aunque por la molesta enfermedad de sus piés, casi nunca podía asistir á los juicios. De su consejo se valian los ciudadanos cuando querian; de su patrocinio, cuando podian.

»Del mismo tiempo fué Marco Bruto, deshonor grande de vuestro linaje: el cual, con ser de tan alta estirpe y haber tenido un tan excelente padre y tan sabio en el derecho, tomó el oficio de acusador público, como en Atenas Licurgo. Nunca pretendió magistraturas; pero fué acusador vehemente y molesto. Notábase en él un buen ingenio natural, echado á perder por su voluntad depravada.

»Por el mismo tiempo fué acusador el plebeyo Lucio Cesuleno, á quien oí, siendo él muy anciano, cuando pedia contra Lucio Sabelio una multa, fundado en la ley Aquilia, *de injuria*. No hubiera hecho mencion de tan infimo personaje, si no fuera por la circunstancia de no haber oido nunca á hombre más odioso ni de más perversa intencion.

»Docto fué en las letras griegas Tito Albucio, ó, por mejor decir, casi griego. Podeis juzgarlo por sus discursos. En su adolescencia vivió en Atenas, y salió perfecto Epicúreo: mala escuela para un orador.

»Ya Quinto Catulo fué erudito, no al modo de los antiguos, sino al nuestro, y quizá de un modo más perfecto. Tuvo muchas letras: exquisita cortesía y elegancia, así en su vida como en sus discursos: incorrupta pureza de latinidad, como puede juzgarse, no sólo por sus oraciones, sino mejor todavía, por la historia que compuso de los hechos de su consulado, en el blando estilo de Xenofonte, y que dedicó al poeta Aulo Furio, familiar suyo: el cual li-

bro, sin embargo, está tan olvidado como los tres de Escauro, que ántes he citado.

—Yo, dijo Bruto, ni áun de nombre los conocia; pero no es mia la culpa, porque nunca cayeron en mis manos. Ahora me haces entrar en curiosidad de buscarlos y conócérlos.

—Tuvo, pues, Catulo pureza latina, que no es el menor elogio en un orador, y que casi todos desdeñan. En cuanto á la suavidad con que pronunciaba las letras, nada tengo que decirte, porque conoces á su hijo, á quien no se cuenta en el número de los oradores, por más que no le falten ni prudencia en sus dictámenes, ni elegancia y cultura en el decir. Ni tampoco su padre Catulo pasaba por el mejor abogado de su tiempo; pero era tal, que, si habiendo oído á los mejores de entónces, parecia inferior, oyéndole á él sólo, no solamente quedabas contento, sino que no echabas de ménos cualidad alguna.

»Quinto Metelo Numidico, y su colega Marco Silano, hablaban de los negocios de la república de un modo no indigno de tales hombres y de la dignidad consular.

»Marco Aurelio Escauro hablaba pocas veces, pero con mucha elegancia de lengua. El mismo elogio merecen el *flámen* Aulo Albino, y Quinto Cepion, hombre atrevido y fuerte, para quien la fortuna de la guerra trocóse en crimen, y el odio del pueblo en calamidad propia.

»Cayo y Lucio Memmio fueron medianos oradores; pero acusadores vehementes y acerbos. Llamaron á juicio capital á muchos, pero defendieron á muy pocos. En el género popular se distinguió bastante Spurio Thorio, que abolió una ley inútil y viciosa sobre los tributos del *ager publicus*. Marco Marcelo, padre de Esernino, no figuró entre los abogados, pero sí entre los fáciles improvisadores, lo mismo que su hijo Publio Léntulo.

»Lucio Cota, que habia sido pretor, no tuvo mucho crédito oratorio; pero de industria, así en las palabras como

en la pronunciacion casi rústica, queria imitar á los antiguos Y aquí debo decir por qué incluyo á este Cota y á otros tales en el número de los hombres disertos Mi propósito es hacer memoria de todos los que en nuestra edad han hecho profesion de oradores; pero por la manera como de ellos hablo, puede juzgarse del mérito de cada uno y cuán lejanos anduvieron de la perfeccion, tan difícil en todas las cosas ;Cuántos oradores hemos nombrado ya, y cuánto nos hemos detenido en su enumeracion, ántes de encontrarnos con Antonio y Craso, que son entre los nuestros como Demóstenes é Hipérides entre los Griegos Pienso que estos dos fueron nuestros más insignes oradores, y que en ellos se igualó por vez primera el arte de los Griegos con la facilidad de los Latinos

»Todo lo tenía presente Antonio: todo se le ocurría á su tiempo, cuando podia valer y aprovechar más Así como el general distribuye los jinetes, los infantes y los de leve armadura, así él distribuía los argumentos en las diversas partes de la oracion Tenía gran memoria, y ño se le conocía el trabajo de la meditacion Parecía siempre desprevenido, pero estaba tan preparado que los jueces eran los que se encontraban desarmados ante las asechanzas de su palabra No era muy esmerado en la eleccion de las palabras: faltóle este mérito, aunque tampoco hablaba con mucha incorreccion Y su abandono no procedía de voluntad propia, sino del general descuido con que se mira la pureza de lengua, con ser una de las primeras condiciones del orador No es tan honroso el hablar bien el latin, como torpe él no saber hablarle Deber es éste, no ya del buen orador, sino del ciudadano romano Antonio, sin embargo, guiábase por cierto modo de prudencia y arte aun en la misma eleccion de las palabras (en que no atendía tanto á la gracia como á la fuerza), en su colocacion, en la formacion de las cláusulas, pero sobre todo en las figuras de sentencia. Porque en ellas se aventajó á todos Demóstenes,

le conceden muchos el principado de la elocuencia Los *schemas*, como dicen los Griegos, son grande aliño oratorio, no tanto para adornar las palabras, como para iluminar las sentencias

»Si grandes eran todas estas cualidades en Antonio, aún era más singular la acción, que podemos considerar dividida en gesto y voz. El gesto no sólo acompañaba las palabras, sino que convenia con las palabras mismas, y era un nuevo lenguaje. Las manos, los hombros, los costados, el pié, el andar, el sentarse y todos sus movimientos se ajustaban, como por encanto, á sus ideas y palabras: la voz era resistente, aunque áspera por naturaleza; pero él habia convertido en ventaja este defecto. Tomaba un acento flébil en las quejas y conmisericordias, y no sólo convenia sino que excitaba la misericordia. En él se cumplia lo que cuentan que dijo Demóstenes; preguntándole cuál era la primera cualidad en un orador respondió, por tres veces que la *acción*. Nada penetra más los ánimos, los mueve, agita y modifica á su albedrío. Sin ella jamás conseguirá el orador el efecto que desea.

»Algunos le igualaban, otros le anteponian á Lucio Craso. Todos convenian en que teniendo por abogado á cualquiera de los dos, no podia echarse de ménos el ingenio de ningun otro. Y aunque yo admiro á Antonio tanto como ántes dí á entender, tambien afirmo que no puede concebirse nada más perfecto que Craso. Habia en él suma gravedad, y junto con ella un donaire urbano y oratorio, no truhanesco y chocarrero, una cuidadosa y no afectada elegancia de lengua latina: mucha claridad en la disputa, y copia grande de símiles y argumentos.

»Y así como Antonio tenía increíble poder para calmar ó excitar las sospechas, así en la interpretación, en la definición y en la explicación de las leyes, nadie habia superior á Craso. Y esto pudo juzgarse sobre todo en la causa de Marco Curio ante los centurvios. Tantas razones se le



ocurrieron en defensa de la equidad y de la justicia contra la ley escrita, que al mismo Quinto Scévola, hombre agudísimo y muy docto en el derecho, sobre el cual versaba aquella causa, logró confundirle á fuerza de argumentos y de ejemplos, y de tal manera fué defendida aquella causa por estos dos tan grandes abogados (y los dos varones consulares), que todo el mundo tuvo á Craso por el más jurisconsulto de los oradores, y á Scévola por el más elocuente de los jurisconsultos. Era Scévola muy agudo para discernir lo verdadero de lo falso en la ley ó en la equidad, y encerraba con claridad muchas ideas en pocas palabras. Tengámosle, pues, por admirable orador en este género de interpretar, explicar y discutir, pero en la amplificacion, en el ornato y en la refutacion, era un juez temible más bien que un admirable orador. Pero volvamos á Craso.»

Entónces dijo Bruto «Aunque yo creia saber algo de Scévola por lo que habia oido de él á Cayo Rutilio, no tenía noticia de sus facultades oratorias. Mucho me alegro de que tan ilustre varon y tan excelente ingenio haya florecido en nuestra república.

—Ten entendido, Bruto, le contesté, que nunca ha habido en nuestra ciudad nada más excelente que estos dos hombres. Ya he dicho que el uno era el más elocuente de los jurisconsultos, y el otro el más jurisconsulto de los oradores. En todo lo demas eran tan diversos, que apenas podias determinar á cuál de los dos quisieras más parecer. Craso era el más sobrio entre los oradores elegantes, Scévola el más elegante entre los oradores sencillos. Craso juntaba á su extremada cortesía no poca severidad, á Scévola no le faltaba urbanidad y gracia en medio de lo severo de su oratoria. Si toda virtud consiste, como dijeron los filósofos de vuestra academia, Bruto, en un término medio, cada uno de éstos le buscaba, pero de tal suerte, que el uno alcanzaba una parte de la gloria del otro, y total é íntegra la suya.»

Interrumpióme Bruto «De tus palabras, que me han dado á conocer perfectamente á Craso y á Scévola, infiero que tú y Servio Sulpicio, teneis alguna semejanza con ellos

—¿Por qué? dije yo

—Por que tú has aprendido del derecho civil todo lo que necesita un orador, y Servio ha tomado de la elocuencia todo lo que puede ilustrar el derecho civil, y vuestras edades lo mismo que las de ellos difieren poco ó nada

—De mí, contesté, no debo decir nada: de Servio, dices bien, y te dié lo que siento. No es fácil aplicar más estudio que el que ha puesto él en el arte de bien decir, y en toda enseñanza útil. Fuimos condiscípulos cuando niños, y luégo él tambien fué á Rodas para hacerse mejor y más docto, cuando volvió de allí, quiso más ser el segundo en un arte secundaria, que el primero en la principal. Y pienso que hubiera podido igualar á los primeros, pero quizá prefirió, y tengo para mí que con fortuna, ser el primero entre todos los jurisconsultos, no sólo de su tiempo, sino de los anteriores

—¿Qué dices? replicó Bruto ¿Antepones nuestro Servio al mismo Quinto Scévola?

—Sí, contesté, porque Scévola y otros muchos tuvieron la práctica del derecho civil; pero sólo Servio ha tenido la ciencia, á la cual nunca hubiera llegado, sin aprender ántes el arte de dividir un asunto, explicar y definir, explanar é interpretar las cosas oscuras, distinguir las ambiguas, y, finalmente, tener una regla para separar lo verdadero de lo falso, y las consecuencias reales de las ilegítimas. Él trajo la luz de este arte, el primero y más excelente de todos, á las confusas respuestas y consultas de los jurisconsultos anteriores

—¿Hablas de la dialéctica? dijo Bruto

—De esa hablo, respondí yo. Pero á ella agregó la ciencia de las letras y cierta elegancia de hablar, la cual en

Estos escritos, que no tienen igual, puede verse Y habiendo aprendido con dos preceptores muy doctos, Lucio Lucilio Balbo y Cayo Aquilio Galo, venció en rapidez, prontitud y sutileza de ingenio á Galo, hombre muy agudo en las respuestas, y venció asimismo á Balbo, hombre docto y erudito, en reposo y prudencia, de suerte que tiene las cualidades que cada uno de ellos tuvo, y además las que á uno y otro faltaron Y así como Craso obró con más prudencia que Scévola, porque éste se encargaba de las causas, en lo cual Craso le superaba, y Craso no quería encargarse de las consultas para no ser en nada inferior á Scévola; así obró Servio sapientísimamente Pues teniendo las dos artes civiles y forenses tanto mérito y gloria, prefirió aventajarse en la una, tomando sólo de la otra lo necesario para exornar el derecho civil y para obtener la dignidad consular

—Esa misma opinion es la misma que yo tenía, dijo Bruto Hace poco oí sus lecciones en Sámos, porque quería yo aprender de él la parte de derecho civil que se relaciona con nuestro derecho pontificio Ahora confirmo mucho más mi juicio con el testimonio y juicio tuyo, y al mismo tiempo me alegro de que el ser vosotros de una misma edad y el haber llegado á los mismos honores, y la semejanza de artes y estudios, léjos de producir entre vosotros esa emulacion y envidia que suele devorar á muchos haya contribuido á estrechar los vínculos de vuestra amistad La misma buena voluntad que le tienes y el juicio que de él formas, tiene él de tí, segun yo puedo entender Duélome por eso de que tanto tiempo carezca el pueblo romano de tu consejo y de tu palabra, y duélome tanto más, considerando á qué manos ha venido á parar el poder, no á qué manos ha sido trasladado

—Ya dije desde el principio, interrumpió Ático, que habíamos de guardar profundo silencio sobre las cosas de la república Cumplámoslo, pues, porque si empezamos á la

mentarnos y á echar de ménos muchas cosas, nunca tendrán fin nuestras quejas

—Continuemos, dije entónces yo, y sigamos el orden ya anunciado Venía preparado Craso, se le esperaba, se le oía, y desde el exordio (que él cuidaba siempre mucho), parecía digno de aquella expectacion Nada de movimientos bruscos del cuerpo, ni de extraordinarias inflexiones de voz, ni de andar de una parte á otra, ni de dar golpes con el pié: sus discursos eran vehementes, y á veces llenos de ira y justo dolor: sus chistes eran muchos, aunque sin menoscabo de la gravedad, y lograba una cosa muy difícil: ser á la vez elegante y breve En la discusion no tuvo igual: estaba versado en todo género de causas: llegó muy pronto á ocupar el primer puesto entre los oradores Siendo todavía muy jóven, acusó á Cayo Carbon, hombre elocuentísimo, y obtuvo no sólo aplauso, sino grande admiracion Defendió despues, cuando tenía veintisiete años, á la doncella Licinia, y tambien entónces estuvo muy elocuente Dejó escritas algunas partes de este discurso Todavía en su juventud quiso en el negocio de la colonia Naibonense ensayar algo que se pareciera á oratoria popular Y pronunció contra aquella ley un discurso demasiado grave para ser un mozo de tan poca edad Muchas causas defendió luégo, pero su tribunado fué tan poco ruidoso, que si durante él no hubiera comido una vez en casa del pregonero Granio, y no nos lo hubiese contado Lucilio, ni siquiera sabríamos que habia sido tribuno de la plebe

—Así es, dijo Bruto; pero tampoco he oido hablar nunca del tribunado de Scévola, y eso que creo que fué colega de Craso

—Lo fué en todas las demas magistraturas, contesté yo, pero tribuno no fué hasta el año siguiente, en que Craso defendió la ley Servilia. Tambien fué censor sin que lo fuera Scévola, porque nunca pretendió Scévola esa magistratura Pero cuando hizo Craso esa oracion, que yo sé

de cierto que tú has leído muchas veces, tenía treinta y cuatro años, y me llevaba á mí otros tantos. Defendió esa ley en el consulado en que yo nací, y él había nacido siendo cónsules Quinto Cépion y Cayo Lelio Ténfa, por consiguiente, tres años ménos que Antonio. Y advierto esto, para que se note bien la época en que llegó la elocuencia latina á tal madurez y perfeccion, que apénas podía añadirle nada sino quien estuviese muy instruido en la filosofía, en el derecho civil y en la historia.

—¿Será por ventura Craso, dijo Marco Bruto, el orador perfecto que buscabas?

—No lo sé, dije. Pero hay de Lucio Craso una defensa que hizo de Quinto Cépion en su consulado. No es breve como elogio, pero sí como discurso. Es el último que pronunció siendo censor. En todas sus oraciones resplandece la verdad sin afectación alguna; las cláusulas y los períodos eran en él concisos y breves, divididos en esas partes pequeñas que llaman los Griegos *Κῶλα*.

—Al oírte elogiar tanto á esos oradores, dijo Bruto, me lamentó mucho más de que Antonio nada dejara escrito, fuera de aquel libro tan breve de retórica, y de que Craso escribiera tan poco.

—Sólo así, hubieran dejado perpétua memoria de su elocuencia y del arte que en sus discursos les guiaba. La elegancia de Scévola la conocemos bien por las oraciones que dejó, y yo casi desde mi niñez tuve por otra maestra aquel discurso contra la ley de Cépion, en que tanto se defiende la autoridad del Senado, y de tal manera se concita la indignación del pueblo contra la facción de los acusadores y jefes. Hay en aquel discurso muchos rasgos de estilo grave, muchos de elegancia, muchos de dureza, no pocos chistes. Debió ser mucho más larga que como hoy la tenemos escrita, según puede inferirse de algunos puntos que están indicados y no explicados. La misma acusación censoria contra su colega Cneo

Domicio, no es oracion, sino resumen y argumento un poco extenso. Nunca hubo más ruidoso altercado. Y realmente sobresalió este orador en el género popular. El estilo de Antonio es mucho más acomodado á las defensas judiciales que á las deliberaciones. No omitiré en este lugar á Domicio, pues aunque no fué orador, tuvo bastante ingenio y facilidad de palabra para sostener sin desdoro la dignidad consular. Lo mismo digo de Cayo Celio, que tuvo mucha ciencia y grandes virtudes de elocuencia sólo aquello que necesitaba para defender á sus amigos en los negocios privados y para la dignidad que tenía en la república.

»Por el mismo tiempo mereció ser contado entre los oradores medianos, pero que hablaban bien el latin, Marco Herennio, que, sin embargo, venció en la pretension del consulado á Lucio Filippo, hombre de mucha nobleza, muy bien emparentado, de mucha clientela y grande elocuencia. Tampoco pasaba de la medianía Cayo Clodio, distinguido por su nobleza y singular poder. Casi al mismo tiempo floreció el caballero romano Cayo Ticio, que á mi parecer llegó á donde puede llegar un orador latino sin letras griegas y sin mucha práctica. Sus oraciones tienen tanta agudeza y urbanidad, que parecen escritas en estilo ático. Usó esas mismas agudezas en sus tragedias, aunque en modo poco trágico. A éste quería imitar el poeta Lucio Afranio, hombre agudísimo, en sus comedias. Fué tambien acusador acre y vehemente Quinto Rubio Varron, que fué proscrito por el Senado juntamente con Cayo Mario.

»En el mismo género se distinguió bastante nuestro pariente Marco Gratidio, docto en letras griegas y de buenas disposiciones naturales, muy amigo de Marco Antonio, de quien era prefecto en Silicia cuando fué muerto. Él acusó á Cayo Fimbria. Era padre de Marco Mario Gratidiano.

»Tambien entre los aliados y entre los Latinos pasaron

por oradores Quinto Vectio Vectiano, de la tierra de los Marsos, hombre prudente y breve en el decir (le recuerdo bien), Quinto y Décimo Valerio Sorano, vecinos y familiares míos, no tan admirables en el decir, como doctos en letras griegas y latinas, Cayo Rusticello, de Bolonia, hombre de flexible y ejercitada naturaleza. Pero el más elocuente de todos, fuera de la ciudad, fué Tito Betucio Barro Asculano, de quien quedan algunas oraciones pronunciadas en Ascoli, y una bastante buena que dijo en Roma contra Cepion, á la cual respondió, en nombre de Cepion, Elio, que también escribió muchas oraciones, pero nunca fué orador. Entre nuestros mayores, pasaba por muy facundo Lucio Papirio Fregelano, del Lacio, contemporáneo de Tiberio Graco, hijo de Publio. Queda de él una oración pronunciada en el Senado en defensa de los Fregelanos y de las colonias latinas »

Entonces dijo Bruto «¿Qué cualidades concedes á estos oradores extraños?

—Las mismas que á los nuestros, respondí, fuera de una sola, y es cierta urbanidad que falta en los que no han nacido en Roma

—¿Y qué especie de urbanidad es esa? dijo Bruto

—No lo sé, respondí. Sólo sé que existe, y ya lo entenderás cuando vayas á las Galias. Allí has de oír palabras que no se usan en Roma, pero estas pueden mudarse y olvidarse. Lo que importa más, es que en la pronunciación de nuestros oradores, hay cierta suavidad y sonido urbano. Y no sólo en los oradores sino en todos los demás. Yo recuerdo que Marco Tineo Placentino, hombre muy gracioso, solía competir en materia de chistes con nuestro familiar Quinto Granio

—¿Aquel de quien tanto escribió Lucilio? dijo Bruto

—El mismo, respondí. Y aunque Tineo decía gracias no menores que las de Granio, éste le vencía en cierto sabor urbano, y por eso no me admiro de lo que cuentan

que le sucedió á Teofrasto, cuando regateaba con una vieja sobre el precio de una cosa, y ella le respondió: «No puede ser ménos, forastero » Él llevó muy á mal que le tuvieran por forastero, cuando habia vivido tanto tiempo en Atenas y escribia tan bien Cneo, pues, que hay en los nuestros, lo mismo que en los Áticos, cierto modo de decir propio de la ciudad Pero volvamos á los nuestros

»A los dos más excelentes, es decir, á Craso y Antonio, seguia, aunque á larga distancia, Lucio Filipo Y aunque nadie habia que se le antepusiera, no me atrevo á llamarle el segundo ni aún el tercero Porque tampoco debe llamarse el segundo en la cuadriga, al que apenas acaba de salir cuando ya el primero ha obtenido la palma, ni entre los oradores, al que dista tanto del primero, que apenas parece estar en la misma carrera Habia, sin embargo, en Filipo cualidades que podian llamarse grandes, si no se le comparaba con otros oradores: mucha libertad en el decir, no pocos chistes, prontitud en las respuestas, soltura en la explicacion de las sentencias Era además tan docto en letras griegas como aquellos tiempos lo consentian: en la discusion era maldiciente y purzante Casi la misma edad que él tenia Lucio Gelio, orador no tan notable que no se le conociera lo que le faltaba Y eso que no era indocto, ni tardo en la invencion, ni ignorante de las cosas romanas, y tenia bastante facilidad, pero no brilló mucho por haber nacido en tiempo de tan grandes oradores Prestó, no obstante, muchos y muy buenos servicios á sus amigos, y como vivió tan largo tiempo, tuvo muchas causas en que ejercitarse

»Alcanzó el mismo tiempo Décimo Bruto, que fué cónsul con Mamerco, hombre docto en letras griegas y latinas Tampoco hablaba mal Lucio Escipion, y tenia algun nombre Cneo Pompeyo, hijo de Sexto Su hermano Sexto habia dedicado su excelente ingenio al derecho civil, y á la perfecta geometría y á la doctrina de los estoicos En el



derecho se distinguió, ántes que éstos, Marco Bruto, y poco despues Cayo Bilieno, hombre grande por sus propios méritos, que le habrian llevado al consulado, á no ser por los tumultos y sediciones del tiempo de Mario. La elocuencia de Cneo Octavio, que era ignorada ántes de su consulado, se probó despues en muchas ocasiones. Pero volvamos á los verdaderos oradores.

—Bien dices, interrumpió Atico, porque buscamos hombres elocuentes, no hombres que supiesen hablar.

—En el gracejo y en los chistes, Cayo Julio, hijo de Lucio, se aventajó á todos los anteriores y á los de su tiempo, y fué orador nada vehemente, pero á quien nadie excedió en urbanidad, saber y elegancia. Hay de él algunas oraciones en las cuales, lo mismo que en sus tragedias, reina una suavidad falta de nervio.

»Contemporáneo suyo fué Publio Cetego, que siempre tenia algo oportuno que decir de los negocios de la república, porque los conocia muy á fondo.

»En las causas privadas, Quinto Lucrecio Vespilio era agudo y buen jurisconsulto. Por el contrario, Aphilia sobresalia más en las deliberaciones del Senado que en los juicios. Tambien Tito Annio Velina era prudente, y en las causas de ese género orador muy tolerable.

»Asimismo se aventajaba en ellas Tito Juvencio, hombre muy lento en el decir y algo frio, pero ingenioso y astuto para sorprender al adversario, y fuera de esto, muy inteligente en el derecho civil.

»Su discípulo Publio Orbio, que era casi de mi edad, fué poco feliz en la oratoria, pero no inferior á su maestro en el derecho civil. Tito Aufidio, que llegó á la extrema vejez, queria imitar á éstos, y era buen varon é inocente, pero hablaba poco; y no mucho más su hermano Marco Virgilio, que siendo tribuno de la plebe, citó á juicio al victorioso Lucio Sila. Su colega Publio Magio era algo más copioso en el decir.

»Pero de todos los oradores ó Rábulas que fueron enteramente indoctos, y urbanos y rústicos, el más suelto en la palabra y el más agudo que yo recuerdo, fué de nuestro orden Quinto Sertorio, y del orden ecuestre Cayo Gorgonio. Fué también fácil en el decir, y tuvo una vida muy brillante é ingenio digno de alabanza, Tito Junio, hijo de Lucio, varón tribunicio que acusó de cohecho á Publio Sextio, pretor electo, y logró hacerle condenar. hubiera llegado muy adelante en los honores á no ser por la falta de salud que le aquejó siempre. Yo bien sé que estoy recordando muchos que ni pasaron por oradores, ni lo fueron realmente, y que quizá omito algunos de los antiguos, dignos de conmemoracion y loor, pero esto es por ignorancia. ¿Qué se puede escribir de hombres de quienes ningun monumento propio ni ajeno habla? De los que yo he visto y oído hablar alguna vez, creo que á ninguno omito. Quiero que se sepa que en una república tan antigua, y donde tan grandes premios se han ofrecido á la elocuencia, todos han deseado ser oradores, muchos lo han intentado, pocos lo han conseguido. Por la manera como yo hablo de ellos, puede entenderse á quién tengo por declamador, á quién por orador.

»Casi al mismo tiempo florecieron, y eran en edad poco menores que Julio, Cayo Cota, Publio Sulpicio, Quinto Varro, Cneo Pomponio, Cayo Curion, Lucio Fusio, Marco Druso, Publio Antistio. En ninguna edad hubo tan rica cosecha de oradores. Entre estos Cota y Sulpicio, á mi juicio y al de todos, obtienen fácilmente la primacía.

—¿Por qué dices, replicó Atico, á mi juicio y al de todos? ¿Por ventura, al apreciar el mérito ó el demérito de un orador, conviene siempre el juicio del vulgo con el de los inteligentes? ¿O son unos los oradores que aprueba la multitud y otros los que aplauden los doctos?

—Discreta es la pregunta, Atico, pero quizás oírás de mí juicios que no apruebes,

—¿Y á tí qué te importa, dijo Atico, con tal que los aplucbe Bruto?

—Ciertamente que me agradaria, Atico, que mi opinion sobre el mérito ó demérito de un orador os agradase á tí y á Bruto, pero quiero que mi elocuencia agrade al pueblo. Necesario es obtener al mismo tiempo el aplauso de la muchedumbre y el de los doctos. Lo que es bueno ó malo en un discurso, yo lo juzgaré, si es que puedo y sé juzgarlo, pero cuál sea el mérito del orador, sólo por el efecto de sus discursos puede conjeturarse. Tres son los fines que puede proponerse: convencer al auditorio, deleitarle ó excitar sus afectos. Qué cualidades ha de tener el orador para lograr esto, ó qué vicios le impedirán conseguirlo, cualquier conocedor del arte puede juzgarlo. Pero entender si el orador ha alcanzado ó nó lo que se proponia, sólo el parecer del vulgo y la aprobacion popular puede decirlo. Por eso nunca hubo division de pareceres entre los doctos y el pueblo sobre juzgar quién es bueno ó mal orador.

»¿Crees que mientras florecieron los oradores que ántes dije, no tuvieron la misma estimacion en el juicio del vulgo que en el de los doctos? Si hubieran preguntado á uno del pueblo «¿cuál es el más elocuente de esta ciudad?» ó hubiera dudado entre Antonio y Craso, ó se hubiera decidido por el uno ó por el otro. Y nadie les hubiera antepuesto á Filipo, con ser orador tan elegante, tan grave, tan chistoso, á quien nosotros mismos, que procedemos con el rigor del arte, damos un lugar muy inmediato al de ellos. Porque es condicion de grande orador el parecerse al pueblo. Y así como el flautista Antigénidas dijo á un discípulo, á quien el pueblo oia con desden «canta para mí y para las Musas,» así yo diré á Bruto cuando hable, como suele, ante la multitud «canta para mí y para el pueblo, oh Bruto,» para que los oyentes juzguen del efecto, y yo de los recursos con que se ha producido. Cuando el auditorio se

convence de la verdad que el orador sustenta, ¿qué más puede pedir el arte? Cuando la muchedumbre se deleita y conmueve con un discurso, ¿qué más se puede apetecer? Si goza y se duele, y ríe y llora, y ama y odia, y desprecia y envidia, y se mueve á compasion, á veigüenza, á arrepentimiento, á admiracion, á temor ó á esperanza, ¿qué falta hace la aprobacion de los sabios? Lo que aprueba la multitud, han de aprobarlo necesariamente los doctos. Y es una prueba de lo recto del juicio popular el que nunca ha estado en oposicion con el de los sabios. Floreciendo tantos oradores en géneros tan distintos, ¿cuándo ha habido alguno que no sobresaliera á la vez en el concepto público y en el de los inteligentes? ¿Quién de nuestros mayores habia dudado en elegir por patrono á Craso ó á Antonio? ¿Quién, en nuestra adolescencia, cuando brillaban Cota y Hortensio, se atrevia á anteponerles ningun otro, con tal que tuviese libertad de elegir?

—¿Por qué hablas de otros, me interrumpió Bruto, y no de tí mismo? ¿No vemos todos el juicio que de tí hacia Hortensio, el cual siempre que defendia contigo alguna causa, te dejaba la parte de la peroracion, donde se concentra la mayor fuerza del discurso?

—Sí que lo hacia llevado de su benevolencia. Pero yo ignoro cuál sea la opinion del pueblo acerca de mí: de los demas, afirmo que siempre el juicio de los que más saben ha tenido por oradores elocuentísimos á los que el vulgo juzgaba tales. Y nunca hubiera podido decir Demóstenes lo que cuentan que dijo el poeta Antímaco de Claros, cuando habiendo leído delante de un numeroso auditorio aquel gran volúmen suyo que conoceis, le dejaron solo todos á mitad de la lectura, menos Platon. «Seguiré leyendo, dijo, porque Platon vale para mí más que todos los restantes juntos.» Y tenía razon. Las bellezas de un poema son cosa recóndita, y que juzgan pocos, pero la oratoria debe acomodarse al sentir del vulgo. Tanto, que si Demós-

tenes se hubiera visto abandonado por el pueblo sin tener más oyente que Platon, no hubiera acertado á decir una sola palabra ¿Y qué harías tú, Bruto, si la multitud te dejara como dejó una vez á Curion?

—Yo, dijo él, para confesártelo todo, te diré que hasta en aquellas causas en que me dirijo á los jueces y no al pueblo, nada acierto á decir si no me veo rodeado de un numeroso concurso

—Así es, respondí A la manera que el flautista debe arrojar el instrumento si no suena, así debe el orador guiarse por los oídos del pueblo, y si el caballo no quiere moverse, no se empeñe el jinete en llevarle adelante

»Pero á veces el vulgo aplaude sin comparacion, y se deleita con oradores medianos y hasta malos no ve nada mejor, y lo aprueba todo Tambien entretiene un orador mediano, con tal que tenga ciertas cualidades, y nada influye tanto en el ánimo de los hombres como el orden y elegancia del discurso Por ejemplo, ¿quién de los que oyeron á Quinto Scévola en la defensa de Marco Coponio, que antes cité, pudo imaginar nada más culto, más elegante ni mejor: cuando quiso probar que Marco Curio, que habia sido instituido heredero, en el caso de que el pupilo no hubiera salido de la tutela, no podia heredar por no haber nacido el pupilo? ¿Qué cosas dijo del derecho de testamentos y de las antiguas fórmulas! ¿Cómo demostró lo capcioso que era para el pueblo el no atenerse á lo escrito y guiarse por opiniones de jurisconsultos que pervertian y alteraban la letra de las disposiciones más sencillas! ¿Cómo invocó la autoridad de su padre, que siempre habia defendido el derecho civil, y cómo encareció la necesidad de conservarlo! Todo esto dicho culta y sábiamente, con brevedad y precision, con bastante elegancia de estilo ¿Quién de los oyentes, repito, pudo imaginar nada mejor?

»Pero cuando Craso empezó con el ejemplo del jóven delicado, que por haber visto una barca en la ribera, se

propuso fabricar una nave, y dijo que de la misma manera Scévola habia querido convertir la barquilla de la *Caption* en un juicio *centumviral* de herencia, y despues de este exordio, amenizó su discurso con muchas sentencias del mismo género, y convirtió de la severidad á la alegría los ánimos de los oyentes, y luégo comenzó á probar que la intencion del testador habia sido que Cuius heredase, en el caso de no haber hijo, ora por no haber nacido, ora por no haber salido de tutela, y que este género de disposiciones testamentarias eran muy frecuentes, y siempre se habian respetado, y siguió defendiendo por razones de *aequo et bono* la voluntad del testador, y combatiendo la esclavitud de la letra, hasta decir que nadie osaria hacer testamentos si el parecer de Scévola y la autoridad que se habia arrogado prevaleciesen, y todo esto lo ilustró con gravedad y copia de ejemplos, con lluvia de chistes y sales: produjo tal admiracion y entusiasmo que pareció que nadie habia hablado en contra De esta suerte cumplió los tres officios del orador deleitar, convencer y persuadir Y los mismos del pueblo que ántes habian aplaudido á Scévola, reconocieron la superioridad de su adversario y el error en que habian estado Un hombre inteligente hubiera conocido, al oír á Scévola, que aún podia darse otro género de oratoria más rico y persuasivo Pero si despues de la peroracion se hubiese preguntado á todos cuál de los dos oradores era superior, no hubiera discrepado por cierto el juicio del vulgo del de los doctos

»¿En qué se distingue, pues, el inteligente del indocto? En una cosa grande y difícil en saber cómo se alcanzan ó se pierden los triunfos oratorios, en darse cuenta de lo que aplaude Se aventaja además el sabio al ignorante, en que sabe discernir cuál es el mejor estilo, cuando hay dos ó más oradores que agradan al pueblo Ya he dicho que lo que el pueblo no aplaude, tampoco parecerá nunca bien á los doctos, Y así como por el són de las cuerdas en

el instrumento, suele entendiarse la destreza con que están tañidas, así por los movimientos del ánimo se calcula el arte del orador en moverlos. Por eso el crítico inteligente no necesita sentarse ni oír atentamente, sino que de una mirada sola, y como de paso, juzga muchas veces del orador. Vé bostezando al juez, hablando al oído con otio, ó dando vueltas ó suspendiendo la sesión, y conoce en seguida que el orador en aquella causa no ha sabido tocar las fibras del alma del juez. Ve, por el contrario, al pasar, á los jueces levantados y oyendo con atención y muestras de aprobar lo que se dice, suspensos, ó lo que es mejor aún, movidos á compasión, odio, amor ó cualquiera otra pasión, y con sólo ver esto, aunque nada oiga, comprende que el orador ha triunfado, y que su obra va á cumplirse ó está ya cumplida »

Asintieron mis dos amigos á mis palabras, y yo prosiguiendo mi razonamiento, dije «Ya que de Cota y Sulpicio ha procedido esta digresión, puesto que ellos fueron los más celebrados oradores de su tiempo, vuelvo á tratar de ellos, y luégo hablaré por su órden de todos los demás. Dos estilos oratorios hay dignos de aplauso: uno rápido y conciso, otro ámplio y espléndido, y aunque éste parezca superior, todó lo que es excelente en cualquier género merece aplauso. El orador conciso debe huir de la sequedad y la pobreza: el copioso y magnífico, de la hinchazón y redundancia. Cota era agudo en la invención, hablaba con pureza y soltura, y como por sus condiciones físicas no podía levantar mucho la voz, acomodaba á la debilidad de sus fuerzas el tono de su oratoria. Nada había en sus arengas que no fuese castizo, sano y puro, y aunque no podía dominar con la vehemencia el ánimo de los jueces, lograba por modo suave tan gran efecto como Sulpicio. Fué Sulpicio el orador más trágico (digámoslo así) que yo he oído. Su voz era agradable, sonora y espléndida: el gesto y movimiento del cuerpo elegante, pero nacido no

para la escena, sino para el foro; la palabra arrebatada, flexible, y sin embargo no redundante ni difusa Quería imitar á Craso, mientras que Cota se inclinaba á la imitación de Antonio, pero al uno le faltaba la fuerza de Antonio, al otro la gracia de Craso

—¡Oh arte admirable, dijo Bruto, pues á éstos, con ser grandes oradores, les faltó á cada uno una de las cualidades principales

—Y en estos oradores es de advertir que pueden ser excelentes los que entre sí son desemejantes Porque nada hubo tan distinto como Sulpicio de Cota, y uno y otro se aventajaron mucho á todos los de su edad Por eso debe el maestro inteligente estudiar la índole de cada uno de sus discípulos, y encaminarla bien, á la manera que Isócrates, viendo el agudo y prestísimo ingenio de Teopompo y el sosegado de Ephoro, aplicaba al uno el freno y al otro la espuela

»Las oraciones que corren á nombre de Sulpicio dicen que las escribió despues de su muerte Publio Canutio, hombre de mi edad, y á mi juicio, el más disertado de cuantos han florecido fuera de nuestro orden No queda ningun discurso de Sulpicio, y muchas veces le oí decir que ni tenía costumbre de escribir ni podia La defensa de la ley Varia, que anda á nombre de Cota, la escribió, á ruegos suyos, Lucio Élio, varon ilustre y caballero romano muy honrado, eruditísimo en letras griegas y latinas, gran conocedor de la antigüedad y de los escritos de nuestros mayores Nuestro Varron, hombre de admirable ingenio y universal doctrina, adquirió de él los rudimentos de su ciencia, que luego acrecentó por sí Élio quiso ser estoico, pero nunca fué ni pensó ser orador Escribia, sin embargo, oraciones para que otros las pronunciasen, vg , para Quinto Metelo, hijo, para Quinto Cepion, para Quinto Pompeyo Rufo, y aunque éste escribió algunas por sí, nunca sin ayuda de Élio De esto soy testigo, porque en mi adoles-



éncia iba mucho á casa de Élio, y le oia con mucho gusto y atencion Pero nunca acabo de admirarme que un tan grande orador consintiera en que pasasen por suyas las pobres oraciones de Élio

»No era fácil decidir quién era el tercero despues de estos oradores; pero á mí me agradaba Pomponio, ó por mejor decir, no me desagradaba En las causas de importancia no quedaba lugar más que para los ya referidos, porque Antonio era fácil en aceptar negocios, y Craso, aunque lo repugnaba más, al fin los admitia El que no contaba con ninguno de estos acudia á Filipo ó á César, á Cota ó á Sulpicio Estos seis abogados defendian las causas más ruidosas, y no habia tantos juicios como ahora, ni se encargaban muchos de una misma causa, como en el dia sucede, y es intolerable vicio Respondemos á los que no hemos oido: muchas veces se refiere el hecho de distinta manera á cada abogado, é importa mucho ver lo que el adversario afirma sobre cada punto Pero nada hay más vicioso que debiendo ser uno sólo el cuerpo de la defensa, vuelva á tomarse el hilo de la causa, cuando ya está defendida por otro Todas las causas tienen un exordio y una peroracion natural: las demas partes ó miembros, cada uno en su lugar, tienen su valor é importancia Y si es difícil en un largo discurso conservar la unidad, ¿cuánto no lo será evitar la incongruencia con los discursos de otro que haya hablado ántes? Pero como es un trabajo mucho mayor encargarse de toda la defensa que de una parte, y como es mayor la ganancia si se defiende á un tiempo á muchos clientes, por eso ha cundido tanto esa costumbre

»A algunos les parecia el tercer orador de aquella época Curion, quizá porque usaba de palabras más espléndidas, y porque no hablaba mal el latin, sin duda por el uso doméstico, pues ignoraba del todo las letras humanas. Mucho influye lo que cada dia oye en su casa el niño á sus padres ó pedagogos Leed las cartas de Cornelia, madre

de los Gracos parece que éstos fueron educados en su lengua, como en su seno. Muchas veces hemos oído á Lelia, la hija de Cayo que tenía toda la elegancia de su padre, y á las dos hijas de Mucio, y á las dos nietas de Licinio, á una de las cuales pienso que tú mismo, Bruto, alcanzaste

—Sí que la oí muchas veces, dijo Bruto, y con tanto más gusto, cuanto que era hija de Lucio Craso

—¿Y qué piensas de Craso, el hijo de esta Licinia, que fué adoptado en el testamento de Craso?

—Tambien de éste se dice que fué de grande ingenio. Y este mismo Scipion colega mio habla bien, á mi juicio

—Razon tienes, Bruto. Y parece que esta familia tiene vinculado el don de la sabiduría. Ya hemos hablado de los dos abuelos, Scipion y Craso, y de los tres bisabuelos, Q Metelo, P Scipion, que siendo hombre particular libertó la República de la dominacion de Tiberio Graco, y Q Scévola, augur, tan perito en el derecho y hombre de tanta cortesania; ¡Y cuán ilustre es el nombre de sus terceros abuelos, Publio Scipion, que fué dos veces cónsul (llamado por sobrenombre *Corculo*), y Cayo Lelio, el más sabio de todos! ¡Oh generosa estirpe, donde ha germinado y florecido todo linaje de glorias!

»Y comparando ahora lo pequeño con lo grande, algo por el estilo debió acontecerle á Curion, en cuanto á averzarse desde niño á hablar con pureza. lo cual es tanto más de admirar, cuanto que nunca conocí á nadie tan indocto y rudo como él, en las artes liberales, entre cuantos tuvieron algun nombre y fama. No conocia ningun poeta, no habia leído á ningun orador; no conservaba memoria alguna de la antigüedad, no sabia el derecho público ni el privado ó civil: aunque esta falta la tuvieron tambien otros oradores señalados, como Sulpicio y Antonio. Pero éstos al ménos poseian el arte de bien decir, y como éste consta de cinco partes conocidísimas, ninguno dejaba de aventajarse en cualquiera de ellas. Y no por claudicar en alguna

de las otras, dejaba de ser orador. Antonio sobresalía en la invención, en la disposición, en la memoria y en la acción. En alguna de estas cosas igualaba á Craso; en otras era superior. Craso sobresalía más por la brillantez de su elocuencia. Ni podemos decir que á Sulpicio, ni á Cota, ni á ningún otro orador le faltase del todo alguna de estas cinco partes. Pero de Curion podemos decir con verdad que en ninguna cosa se distinguió más que en el esplendor y copia de las palabras. Era tardo en el pensamiento é inhábil en la construcción del discurso. Y su carencia absoluta de acción y de memoria era tal, que movía á risa á los espectadores. Los movimientos consistían en balancear el cuerpo de una parte á otra, de lo cual tanto se burlaron Cayo Julio (diciéndole que *parecía que hablaba desde un barco*), y Cneo Sicinio, hombre impuro, pero muy chistoso. Este, siendo tribuno de la plebe, presentó al pueblo á los dos cónsules Curion y Octavio. Curion habló largamente, mientras que su colega Cn. Octavio permanecía sentado y lleno de vendajes por el agudo dolor que sentía en las articulaciones. «Nunca, le dijo Sicinio, darás bastantes gracias á tu colega: á no haber sido por sus continuos movimientos, te hubieran comido hoy las moscas.»

»Su memoria era tan nula, que con frecuencia después de haber dividido la proposición en tres partes, añadía una cuarta ó buscaba la tercera. En un juicio privado, pero de grande importancia, en que yo defendía á Titinia y él á Sexto Nevio contra mí, se olvidó súbitamente de la causa, y atribuía este olvido á los hechizos y encantos de Titinia. Grandes pruebas son estas de desmemoriado, pero nada más torpe que olvidarse en sus escritos de lo que poco antes había dicho. Así sucede en aquel libro en donde supone una conversación, que tuvo al salir del Senado con nuestro Pansa y con Curion hijo, siendo el cónsul César quien había convocado el Senado. Nace todo aquel diálogo de preguntarle su hijo qué había pasado en la sesión.

Y despues de desataise Curion en muchas invectivas contra César, se pone á reprimir como en profecía las cosas que el mismo César hizo el año siguiente en las Galias

—¿Tan grande fué su falta de memoria, dijo admirado Bruto, que ni áun relejendo su libro, conoció el desatino enorme que habia cometido?

—¿Y qué cosa más necia, Bruto, que dar al diálogo una fecha muy anterior á las cosas que en él queria censurar? Y hasta tal punto yerra, que se atreve á afirmar que él nunca iba al Senado siendo cónsul César, y esto, poco despues de haber dicho que salió con él del Senado. Quien en esta facultad del alma, que es custodia de todas las restantes, era tan débil, que en un escrito se le iba de la memoria lo que acababa de decir, mucho más habia de tropezar cuando hablaba de repente. Y así, aunque no le faltaban cargos públicos ni deseos de hablar, muy pocas causas venian á él. En su tiempo se le tenía, á pesar de todo, por orador próximo á los buenos, sólo por la pureza de las palabras y por su expedita y fácil locuacidad. Creo que sus oraciones valen la pena de leerse. Son algo lánguidas, pero pueden educar y desarrollar la única facultad que medianamente poseía, la cual tiene tanto precio que por sí sola dió á Curion apariencias de orador. Volvamos al asunto.

»Cayo Carbon, hijo de aquel elocuentísimo varon de que ántes hicimos mérito, no era orador muy agudo, pero tampoco merece ser olvidado. Habia en sus palabras gravedad, era fácil y tenía cierta autoridad natural. Q. Vario era más agudo en la invencion y no ménos expedito en la palabra: vehemente en la accion y no pobre ni abyecto en el estilo. Podemos, sin reparo, llamarle orador. Cn Pomponio, á fuerza de pulmones, hacia algun efecto. Era acre y odioso.

»Mucho se diferenciaba de estos L. Fusio, que logró el fruto de su diligencia en la acusacion de Marco Aquilio.